

pacion que fumar con su pipa, y vaciar su cantarillo de cerveza. Era el suegro de Luisa, que vivia allí con la pensión que le daba su hijo, pensión bastante escasa, como podeis figuraros; pero, en fin, hacía vivir al buen hombre y formé mejor opinion de nuestro bergante. Si abandonó á su mujer, á lo menos no abandonaba á su padre. Hay que hacer una observacion, que he hecho siempre con mucho consuelo, y es que Dios se reserva casi siempre en las mas ingratas almas alguna pequeña puerta por donde poder entrar; un pequeño rincon donde quede una pequeña virtud que hable de él. Ese ligero poeta tiene ciertamente trazas de querer menospreciar todos los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Pues bien, no; le sorprendió en flagrante delito de piedad filial: *Honrarás á tu padre y á tu madre,...*

“Interrumpí al misionero.

—“Mi buen abate, le dije, permitidme que observe en vuestra caridad un ligero error. Yo creo que vuestro hombre alimentaba á su padre, pero dudó que lo honrase. ¡Si supiéseis lo que es un padre para esa gente!

—“Vamos, señor rigorista, exclamó el abate Planson. Sé que no se pueden pedir á esos atolondrados, refinamientos y delicadezas; pero si no honran á sus padres, contraen mayor mérito al alimentarlos. Cuando advierto en ellos las virtudes de los salvajes, estoy muy contento de ellos; su fondo es mejor que sus máximas.

“Ví que el anciano Flamand era muy buen hombre, y no del todo enemigo de la Religion. Hícele comprender que era necesario que su nieta fuese bautizada. A decir verdad, él no veía

gran necesidad de hacerlo, pero se rindió á las razones de sentimiento. Por fortuna amaba á Luisa. Hablome de su difunta esposa, del tiempo de su juventud y de su país. ¡Providencia de Dios que acude á todo! Cabalmente habia yo visitado su país, habia predicado en la iglesia en que él fué bautizado, y esta circunstancia vino á mas y mejor. Bebí cerveza: “A vuestra salud, señor Cura!—¡A la vuestra, señor *tal!*” En verdad habria fumado si él hubiese querido. ¿Por qué no? San Pablo y San Pedro comian con los gentiles... En una palabra, en menos de una hora hice que aquel buen hombre se decidiese á ser padrino, y me lo llevé. En la iglesia encontramos á Luisa con su madre, que habia de ser madrina de la criatura. Celebróse el bautizo. Ved á la hermosa niña hecha cristiana; á Luisa mas dichosa que lo habia sido desde su matrimonio; y lo que no es despreciable, al padre del marido y la madre de la mujer, que se habian indispuerto un poco, reconciliarse uniendo sus manos y sus corazones sobre aquella inocente cabeza. En efecto, creo que bien pueden deponerse los rencores en semejante ocasion. Pero decidme, vos que os dedicais á la literatura, ¿no es verdad que el misionero ha jugado una famosa partida al hombre de letras? ¡Y bien! no se enojó. Aquella misma tarde Luisa le participó que su hija estaba bautizada: ¿y qué creéis que hizo aquel hombre original? ¡Me envió sus obras: cuentos, novelas, versos! obras á fe mia muy bien impresas. Parecieronme un poco frívolas, pero haré un esfuerzo por leerlas. En el fondo creo que es mas ligero que depravado. Es como muchos otros literatos:

escriben, escriben; ni siquiera advierten que estampan en el papel absurdas herejías, porque no saben nada de nada

“Mi caro amigo, ¿creeis que la jornada ha concluido? No del todo. Estaba escrito que habia de tener otro encuentro en aquella dichosa iglesia. Mientras practicaba el bautizo, percibí unos gemidos.... ¡Qué! ¡gemidos! unos sollozos. “¿Qué es esto?—Precisamente, señor, me dijo el portero, “es una persona que pide por vos; está allí, en “una capilla, llorando amargamente.”

“Aguijoneado por aquellos gritos que me precisaban á acudir, despedí á Luisa é hice decir á la persona desconocida que me aguardase en la sacristía.

“Llegó: ¡qué lástima! el portero la sostenia, pues apenas podia andar, y en llegando cayó en seguida de rodillas. Era una desesperacion indecible. La conduje á otra sacristía mas interior, donde nos hallamos solos. Sus sollozos aumentaban, y todo lo que pudo articular con voz entrecortada, fué:

—“¡Pabre mio! ¡Padre mio, perdonadme!

—“Hija mia, le dije, buscando inútilmente por encontrar un nombre en aquella fisonomía de la que no conservaba mas que vagos recuerdos; hija mia, consolaos y tened confianza, puesto que venís á encontrarme. Si no necesitais mas que mi perdon, lo teneis bien adquirido; si os falta algun otro, lo alcanzaremos. Sosegóse un poco, me miró, y viendo que no podia acordarme de quién era:

“¿Habeis sido tan bueno para mí, exclamó y no me conoceis?.

“Entonces, por un esfuerzo de la paternal memoria que da Dios á sus ministros, reconocí en aquella afligida mujer á una jóven que mucho tiempo antes, y siendo coadjutor, habia dirigido con particular cuidado por tener un alma fogosa, pero adornada entonces de inocencia y de candor. Al primer golpe de vista comprendí todo lo que aquellos sollozos y aquel arrepentimiento dejaban adivinar.

—“¡Y qué! exclamé, juntando las manos, triste á la vez por lo que habia temido en otro tiempo, y por lo que ahora veia; sois vos, mi pobre niña!

—“¡Ah! Padre mio, respondió á esta palabra, redoblando sus lágrimas, sí, soy yo, mas no tal cual me habíais conocido. Aquí teneis á una desgraciada que de falta en falta ha abandonado á Dios, su familia, su nombre, y al presente soy....

“No pudo continuar.

—“Al presente, le dije, sois una arrepentida que quiere recobrar á Dios, su familia y su nombre. Dios es bueno, hija mia; si le entregais vuestro corazon, todo os será devuelto. Orad aquí, enjugad vuestras lágrimas, y dentro de algunas horas venid á encontrarme; juntos veremos lo que á vuestra situacion conviene.

“Le dejé y no perdí tiempo. Al cabo de algunos minutos estuve en casa de la señora de\*\*\*\*.

—“No se trata, le dije, de darme solamente una cama para mi niña; dadme un buen aposento para una gran penitente, que es preciso retirar del mundo ahora mismo; porque está hoy muy arrepentida, pero no dejará el diablo de meterse de por medio, y tal vez mañana será otra y no querrá ya.

—“En cuanto á eso, me contestó la señora de\*\*\*, es un asunto urgente y tenemos siempre lo que deseais. Le daré desde luego mi cama, é iré á pasar la noche en la capilla.

—“Esto es hablar en cristiano, exclamé ¿pero y mi niña?

—“Nuestro Señor, replicó, ha providenciado. Por un encadenamiento de felices circunstancias, una de nuestras huerfanitas ha encontrado á sus padres á quienes se creia perdidos. Están muy contentos, son buenos cristianos y vendrán luego buscarla para tenerla en su casa. Darémos su plaza todavía caliente á vuestra niña. Id, pues, á buscarla, porque tengo horror al vacío.

“No me tomé siquiera tiempo para dar gracias á la señora de\*\*\*. Salíme radiante de alegría, y fuí á buscar á la niña. Habia sido depositada en manos de una portera ¡pobrecito ángel como un paquete. ¡Se hallaba en un estado! llevaba encima toda su ropa, como un misionero, y no tenia otros pañales. El mobiliario quedó para pagar el alquiler, y todavía el propietario no quedó contento. ¡Cuántos hay, mi amigo, abandonados así en este triste París, á pesar de los buenos cristianos que se multiplican para socorrerlos!

“Habia tomado otro carruaje, pues es preciso hacerse llevar en vuestro París, que no tiene límites. Híceme conducir á la Comunidad en que me alojaba, y se me dijo que una señora me esperaba para hablarme. Era mi arrepentida. Me alegró su exactitud, y la tomé como un feliz presagio.

“Estaba aún conmovida, pero á su emocion se unia ya el temor de los sacrificios que podria

exigirle. Lo habia previsto y tomado mis medidas, decidido á no dejar perder la gracia de que era objeto aquella pobre extraviada.

—“Ante todo, le dije, ¿me prometeis no salir de aquí sino para ir al lugar donde os conduciré?

“Vaciló, y quiso explicarme su situacion.

—“No, repliqué, no escucharé nada si no jurais obedecerme; pues si solo quereis entristecerme con la relacion de vuestras faltas y el espectáculo de vuestros inútiles remordimientos, ya los conozco. No es esto lo que ha querido Nuestro Señor al dirigirme á vos. En nombre de vuestra madre y de los recuerdos que os han conmovido cuando me habeis visto, sed obediente como lo érais antes de vuestros extravíos, á fin de recobrar la dicha y la tranquilidad de que gozábais en aquel tiempo.

“Vencida por la autoridad que Dios quiso dar á mi palabra, volvió á tomar el yugo que antes tan suavemente habia llevado, y prometió hacer lo que le mandase. Entonces escuché su relacion. No es necesario que os la traslade: son demasiado sabidos los caminos porque puede pasar una pobre jóven que huye de la casa de su madre. Por fin, ajustóse en un teatro, y á los pocos dias iba á hacer su primera salida. Como tenia buena presencia y habia recibido una educacion esmerada, circunstancias que faltan generalmente á las actrices, segun se me ha dicho, se le pronosticaba por los jueces mas competentes un éxito notable. Ella se mecía en esta esperanza. Familia, religion, pasado, todo quedó borrado de su corazon; no pensaba mas que en hacerse aplaudir. Fué á la iglesia para estudiar (¡ved, ved la admi-

nable industria de la providencia!) uua figura pintada, cuya apostura y actitud queria copiar en su papel de inauguracion. ¡Ah! quedé confundido al oír esto. Maquinalmente, por aquella secreta necesidad de orar que el aire de las iglesias inspira siempre cuando se á conocido ha Dios, se arrodilló y oró. La oracion le trajo á la memoria, mas vivamente que de costumbre, aquello que se esforzaba por no recordar nunca. En aquel momento salia yo de la sacristía para ir á las fuentes bautismales, y pasé cerca de ella revestido con el sobrepelliz y la estola. Como aquel general francés encargado de detener á san Pedro, que retrocedió á vista del Pontífice, así ella viendó aparecer su primera Comunión, vió pasar conmigo los dias de su inocencia y de su fervor, la ternura de sus padres, sus promesas á Dios, sus perjurios, toda la cadena fatal de sus pecados. Vió lo que habia sido, lo que era, lo que iba á ser para siempre. En otro tiempo, noble vírgen, se sonrojaba á la menor mirada que se le dirigia; despues, criatura desvergonzada, provocaba audazmente á todos los ojos; en otro tiempo hallaba en el fondo de un confesonario lágrimas de arrepentimiento por las ligeras faltas de su edad, y con todo miraba con cierta tranquilidad los vicios de su corazon! Consideró que ella habia cambiado; pero que Dios no cambia; que podia perdonar, pero que tambien podia castigar. . . . Refirióme mas por extenso los pensamientos que repentinamente la asaltaron. Sin tomar ninguna resolucion, sin saber lo que hacia, involuntariamente, dominada de un santo temor, pidió misericordia al clérigo que tan á menudo

la habia consolado; así como cuando niña en las súbitas tinieblas de la noche invocaba á su madre.

—“Habeis hecho bien, le dije y no me habeis llamado en vano. Os reconciliaré con Dios, estoy seguro; con vuestra familia, así lo espero; os devolveré vuestro nombre, la tranquilidad y el honor. Mas es menester quererlo, es nesesarario romper con el mal. Voy á llevaros inmediatamente á una santa casa, de donde no saldréis sino para volver á la casa paterna.

“Habíame prometido no objetar nada, y cumplió su palabra. Con todo ví que el esfuerzo era grande; que aquel pobre corazon, á despecho de su arrepentimiento, quedaba indeciso.

—“¿Qué reflexiones, añadí, os quedan por hacer? ¿Sera nesesarario para romper con el vicio mas tiempo que el que se necesitó para romper con el deber? ¡No! no quiero que venga nadie á combatir vuestras vacilantes resoluciones. Abandonadlo todo y salvad vuestra alma.

“¡Oh padre de la gracia, oh clemencia infinita de mi Salvador! No solo obtuve la accion generosa que pedia, sino tambien el pleno consentimiento que no me atrevia á esperar.

—“¡Vamos, Padre mio! me dijo: estoy resuelta, Dios lo quiere; partamos, es preciso morir!

“El carruaje esperaba; en él hallamos á la huerfanita que dormia sobre mis hopalandas; y nos fuímos los tres á casa de la señora de\*\*\*, donde se nos recibió con el corazon abierto. La huerfanita fué luego llevada á una buena señora que la vistió de la cabeza á los piés, y mi heróica penitente á la celda que se le habia preparado. Apenas puso en ella los piés, halló su tranquilli-

dad. La señora de\*\*\* la vió echarse á sus piés hecha un mar de lágrimas; protestando que se abrian sus ojos al desengaño, y que tanto como la habia atraído el mundo, otro tanto le causaba horror. Pronto y merced á la meditacion, á la oracion, á la absolucion, al Pan eucarístico, aquella alma debilitada y no perdida renació y á la inocencia, no ciertamente la blanca inocencia del cordero, pero sí la inocencia tambien gloriosa de las lágrimas, del arrepentimiento, de la expiacion. Ahora, feliz en medio de su familia, mi convertida bendice á Dios, y es una ejemplar cristiana.”

—Mas, mi buen Padre, dije al abate Planson, ¿aquel dia dónde comísteis?

—No me acuerdo, respondió admirado; ¿qué importa esto? ¿por qué quereis saberlo?

Lo abracé, y arrodillándome le pedí la bendicion.

FIN.

## EL VUELO DEL ALMA.

---